LAS SANDALIAS DE APOLO. SOBRE EL ORIGEN GRIEGO DE LOS CINTURONES «CÉLTICOS»

POR

JAVIER JIMÉNEZ ÁVILA

Instituto de Arqueología de Mérida
(Junta de Extremadura-Consorcio de Mérida-CSIC)

PALABRAS CLAVE: Objetos de adorno; Edad del Hierro; Península Ibérica; Comercio griego.
KEY WORDS: Personal ornament; Iron Age; Iberian Peninsula; Greek commerce.

RESUMEN

Los cinturones de escotaduras y placa romboidal, objetos característicos de la Protohistoria peninsular, han sido considerados por la tradición investigadora española como el reflejo de influencias de las culturas de la Edad del Hierro del Centro de Europa, y han pasado a denominarse de manera generalizada como broches de tipo céltico. En este artículo se presentan datos e ideas que avalan una hipótesis alternativa, apenas tenida en cuenta en la bibliografía hispánica, que defiende el origen griego de estas producciones. A partir de estos datos se propone un nuevo modelo cronológico, artesanal y comercial para este conjunto de objetos que contribuye a comprender algunos aspectos de la colonización griega en la Península Ibérica.

SUMMARY

The «romboid-plate and recesses» bronze belts are a type of numerous and characteristic objects on Iberian Iron Age archaeology. These objects have been considered by the spanish traditional research as the results of cultural influences from Central Europe, and they have so called celtics belts. In this paper a series of new archaeological evidences are presented. They seem demonstrate that those iberian bronze-belts don't have a celtic but a Greek origin, as other scholars have already proposed. From these new data, is proposed a different pattern of chronological, commercial and craftsmanship organisation for those productions concerning the Greek Colonisation of the «Far West».

Entre las producciones artesanales más conocidas de la Edad del Hierro en la Península Ibérica se encuentra una clase de broches de cinturón caracterizados por la presencia de unas marcadas escotaduras laterales que, junto con su estrechamiento en la zona del agarre, le confieren una típica silueta romboidal. La parte pasiva o «hembra» suele resolverse en la forma de un alambre serpentiforme varias veces recurvado, en cuyos senos se sujetan los garfios, aunque se conocen otras soluciones (Fig. 1). Este

esquema básico está sometido a numerosos tipos y variantes que afectan a la forma de las escotaduras (abiertas o cerradas), al número de garfios (entre uno y seis), al modo de configurarse la superficie de la placa (lisos, con celdillas...), etc.

Se conocen en la actualidad varios centenares de estos broches que se reparten por toda la geografía peninsular (a excepción del cuadrante noroeste), con especiales concentraciones en La Meseta nororiental (en la Celtiberia). Fuera de la península se han hallado varios ejemplares procedentes del Baden Würtemberg alemán, de Populonia, de Córcega y de los santuarios griegos de Olimpia y Corfú. También se han detectado concentraciones de estos broches en el Sureste francés, sobre todo en el área del Golfo de León, si bien allí los tipos que hacen fortuna son diferentes de los propiamente peninsulares.

El arco cronológico que definen estos ganchos oscila entre finales del siglo VII y el siglo V a. C., aunque de manera episódica pueden pervivir a esta centuria. No obstante, la descontextualización es la situación estratigráfica más habitual de los ejemplares conocidos, por lo que resulta difícil realizar estudios cronotipológicos de mucha precisión.

Desde que fueran reconocidos como grupo homogéneo, a principios del siglo pasado, estos broches de escotaduras y placa romboidal han sido objeto de diversas valoraciones culturales, pudiendo señalarse dos tendencias básicas en la historia de la investigación sobre el tema: 1) aquella que los considera reflejo de la presencia de poblaciones o influencias ultrapirenaicas en la península (la que podemos llamar hipótesis o modelo celta) y 2) otra, minoritaria, que los relaciona con la llegada de colonizadores del Mediterráneo al extremo Occidente (el modelo griego).

En este trabajo pretendo añadir al debate nuevos documentos e ideas que vienen a apoyar la hipótesis griega y a matizar sus más recientes conclusiones. Destacan, sobre todo, unos marfiles hallados en

Fig. 1. Broche del túmulo G de Acebuchal (Sevilla), con una de las «hembras» serpentiformes con que fue hallado. Museo Arqueológico Provincial de Sevilla. (Foto M. Fuentes).

el santuario de Apolo en Delfos en los que se representan unos objetos que en todo recuerdan a nuestros cinturones y a los que, por su efectismo, recurre en el no menos efectista título de este artículo.

Bajo la óptica del origen helénico, los cinturones de placa romboidal contribuyen a comprender el proceso de la colonización griega en Iberia y a afrontar otros problemas concernientes a los usos de la población local.

EL MODELO CELTA

Los broches de bronce de escotaduras laterales fueron tempranamente asociados a la instalación de poblaciones ultrapirenaicas en la Península Ibérica. De este modo, ya en los años 20 del siglo pasado P. Bosch Gimpera recogía los pocos ejemplares hasta entonces conocidos para ilustrar sus trabajos sobre la presencia céltica en Iberia, aunque sin abordar un estudio pormenorizado de los mismos ¹.

Tuvieron que pasar 40 años para que E. Cuadrado aislara estas hebillas como un grupo específico y abordara un primer estudio monográfico ². Cuadrado agrupó estos objetos bajo el calificativo de 'broches de placa romboidal', pero a la hora de tratar su raigambre cultural los hizo proceder sin vacilaciones

de la Europa céltica. La concentración de hallazgos en el área celtibérica, junto a su presencia en el yacimiento de Cortes de Navarra, considerado durante mucho tiempo como el paradigma de lo hallstático en la Península Ibérica ³, así como el ambiente científico de la época en que se realizaron estos trabajos, presidido por planteamientos marcadamente difusionistas, que otorgaban especial protagonismo a las invasiones indoeuropeas, favorecieron que estos broches se siguieran relacionando con las poblaciones célticas de la península. Incluso, se llegó a sugerir su condición de objetos importados o traídos por los invasores. La presencia de broches de hierro de simple morfología, pero de silueta igualmente romboidal, en las tumbas de Hallstatt permitía establecer un coherente elenco de prototipos centroeuropeos con que contrastar la serie hispánica.

En esta misma línea de entronque cultural se situará M. L. Cerdeño, autora de la más completa síntesis peninsular sobre estos broches ⁴ a los que prefiere llamar directamente 'de tipo céltico', eludiendo la más aséptica denominación de Cuadrado, de orden formal. Esta denominación resultaría especialmente cómoda en el panorama global de la protohistoria ibérica, al permitir adjudicar a cada una de las tres grandes culturas indígenas del Hierro Peninsu-

¹ Bosch Gimpera 1921: 274-277.

² Cuadrado 1961.

³ También Agullana, de donde procede uno de los broches repertoriado por Cuadrado, fue calificada como necrópolis Hallstática: Palol 1958.

⁴ Cerdeño 1978.

lar (tartésios, celtas e iberos) una familia de hebillas de cinturón distinta. Así, los broches rectangulares de doble garfio serán llamados 'broches tartésicos'⁵ y los de grandes placas decoradas con un solo enganche laminar 'broches ibéricos'⁶. En el trabajo de Cerdeño se recoge, no obstante, una buena colección de broches de esta serie que proceden de zonas no célticas de la Península Ibérica.

Dentro de este modelo explicativo los broches aparecidos en territorio griego (Olimpia y Corfú) se interpretaban como evidencias arqueológicas de la presencia de mercenarios ibéricos en las guerras del Mediterráneo mencionada por las fuentes clásicas (a pesar del evidente desfase cronológico entre unos y otros⁷). El broche de Magdalenenberg, Alemania, no dejaba de establecer un feliz vínculo entre Centroeuropa y la Península Ibérica, por más que la investigación alemana lo haya considerado unívocamente y desde su aparición como un objeto de fabricación peninsular, estableciendo un flujo direccional diametralmente opuesto al que se proponía en la hipótesis celta⁸.

Esta hipótesis tropieza además con algunos problemas cronológicos, ya que al poder retrotraerse las fechas de los ejemplares peninsulares más antiguos al siglo VII, resulta que éstos son contemporáneos (si no anteriores) a sus escuetos prototipos del Hallstatt-D. Estos inconvenientes ya fueron detectados por W. Schüle, que se vio obligado a desarrollar una compleja propuesta de corrientes bidireccionales y un nuevo esquema cronológico para no despegarse del modelo celta⁹.

A pesar de estos problemas, la denominación de los broches de placa romboidal con epítetos de corte indoeuropeo (sobre todo 'célticos', pero también 'celtíbericos'¹⁰ y 'hallstáticos'¹¹) y la consideración de un origen ultrapirenaico ha sido la opción más comúnmente aceptada por la investigación española del siglo XX, y de esta forma son clasificados en las recopilaciones realizadas hasta los últimos años de esta centuria¹².

EL MODELO GRIEGO

La lectura de los broches hispánicos de escotaduras laterales como una creación griega es anterior en

el tiempo a la hipótesis centroeuropea y fue planteada, curiosamente, por uno de los padres de la arqueología céltica: J. Déchelette. Efectivamente, en un trabajo publicado en 1913 Déchelette planteaba ya, a partir del material disponible, la existencia de un grupo de broches propiamente griegos y otro de imitaciones realizadas en la Península Ibérica¹³. Esta opinión, sin embargo, tendrá escasa repercusión en la investigación española, que raramente se ha apartado del paradigma centroeuropeo. De hecho, las opiniones de Déchelette sólo reaparecen en la discusión sobre el origen de estos broches en muy contados trabajos y, casi siempre, de la mano de estudiosos extranjeros¹⁴.

La segunda ocasión en que se alude a la posibilidad de un origen griego para los broches de escotaduras laterales vendrá, de nuevo, de la mano de un investigador extranjero, en este caso de J. Boardman, en los años 60. Boardman, que tampoco se refiere a la vieja idea de Déchelette, basa su argumentación en la semejanza que se establece entre los broches de escotaduras occidentales y unas creaciones similares que se realizan en Asia Menor (Frigia) y que tuvieron su trasunto en las ciudades de Grecia del Este, como demuestran los cinturones que él mismo hallara en sus excavaciones de Quíos (Fig. 2). Esta lectura, como el propio Boardman reconocía, afrontaba problemas de índole cronológica, al suponerse que los cinturones occidentales (Boardman se fijaba, sobre todo en los ejemplares de la órbita masaliota-ampuritana) tenían una cronología a partir del siglo VI, mientras que los broches mino-rasiáticos se fechaban en el siglo VIII y los de Quíos en el VII¹⁵.

Al igual que sucedió con las ideas de Déchelette, las de Boardman tuvieron nula repercusión entre los prehistoriadores españoles, que nunca han sumado los broches frigios ni los jonios a la lista de precedentes y paralelos extrapeninsulares, a pesar de sus evidentes analogías.

Más recientemente, H. Parzinger y R. Sanz han vuelto a replantear la hipótesis del origen minorasiático de estos broches y su llegada a la Península Ibérica de manos de mercaderes griegos en el primer horizonte colonial (en la época de Kolaos de Samos), con anterioridad a la presencia focense. Estos ejemplares (que en realidad no han aparecido en la

⁵ Cuadrado y Ascensão 1968; Cerdeño 1981.

⁶ Cabré 1937.

⁷ García y Bellido 1974; Luque 1984.

⁸ Spindler 1972 y 1973; Mansel 1996.

⁹ Schüle 1969: 133.

¹⁰ Lorrio 1997: 215.

¹¹ Almeida y Veiga 1967.

¹² Por ejemplo Soria y García Martínez 1996.

¹³ Déchelette 1913.

¹⁴ Como excepciones: Bosch Gimpera 1921 (con anterioridad había reseñado el artículo de Déchelette en el Anuario del Instituto de Estudios Catalanes: extret de 1913-14, p. 206) y Pons i Brun 1976; de ahí lo toman Argente *et alii* 2001. Ninguno de ellos, no obstante, asume el modelo griego como opción válida.

¹⁵ Boardman 1961-62, 1967 y 1975.

Fig. 2. 1 y 2: Cinturones frigios de Gordion (s. Parzinger y Sanz); 3: Cinturón jonio de Quíos (s. Boardman). Escalas no uniformadas.

Península Ibérica) darían lugar a la generación de bronces de tipo Acebuchal que ya se consideran creaciones peninsulares. Además, Parzinger y Sanz presentan un lúcido esquema cronotipológico del desarrollo de este grupo de ganchos en la Península Ibérica ¹⁶.

A pesar de que en este trabajo se publicó en un ámbito algo más hispánico, como lo es la revista del Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, también ha tenido escaso eco en la bibliografía española a la hora de replantear la hipótesis céltica. Sólo en la recientemente publicada memoria de excavaciones de la necrópolis de Carratiermes (Soria) se recoge esta opinión, preluando, aún tímidamente, lo que puede ser la sustitución del modelo explicativo preponderante durante casi un siglo ¹⁷.

DATOS PARA UNA REVISIÓN DE LA HIPÓTESIS GRIEGA

Cuestiones de cronología, tipología y dispersión

A la hora de valorar el origen de los broches de cinturón peninsulares de escotaduras y placa romboidal resulta importante establecer cuáles son los ejemplares que, en virtud de los datos de que hoy disponemos, se pueden fechar con mayor antigüedad.

Los broches de la tumba 10 de La Joya (Huelva), del túmulo G de Acebuchal (Carmona, Sevilla) y del Sector VII de la Peña Negra (Crevillente, Alicante) son, sin duda, las unidades contextualizadas más antiguas de cuantas hoy conocemos.

El primero apareció en una sepultura muy destruida en el Cabezo de La Joya (Huelva), donde se sitúa la necrópolis orientalizante de la ciudad, que alberga uno de los conjuntos de tumbas aristocráticas más representativos del Hierro Antiguo peninsular. Aunque este broche constituye prácticamente todo el ajuar recuperado en esta tumba, y por tanto no es susceptible de una datación basada en un contexto cerrado, la secuencia ocupacional de la necrópolis, a la vista de las más recientes investigaciones, debe situarse entre finales del siglo VIII y el último cuarto del siglo VII, coincidiendo con la cronología aceptable para el ajuar de la tumba 5, que incluye un jarro «rodio» de tipo Granada-Sigmaringen ¹⁸. Es significativo que otro de estos jarros se haya encontrado en la cercana necrópolis de Santa Marta, cuya existencia parece indicar un traslado del lugar de enterramiento de la aristocracia orientalizante onubense coincidiendo con esta época, lo que establece una fecha *ante quem* para el abandono de La Joya. También es reseñable que en ninguna de las sepulturas de la necrópolis de La Joya haya aparecido cerámica griega, tan abundante en la zona de hábitat a partir del 600, si bien se trata en este caso de

¹⁶ Parzinger y Sanz 1986.

¹⁷ Argente *et alii* 2001: 102.

¹⁸ Garrido 1971; Jiménez Ávila 2002: 53 ss.

un argumento *ex silentio*, y no podemos postular que en las tumbas del siglo VI vaya a haber necesariamente vasos cerámicos griegos. Sea como fuere, los datos actuales de la arqueología de Huelva recomiendan fechar el cinturón de la tumba 10 con anterioridad a finales del siglo VII.

El ejemplar de Acebuchal procede del túmulo G, una tumba de doble inhumación excavada por M. R. Pérez, capataz de G. Bonsor, en 1892. La sepultura estaba protegida por una cámara de piedras y recubierta por un túmulo de más de 4 m de altura. El ajuar contenía un huevo de avestruz de borde dentado, una fíbula de plata que ha dado nombre a un tipo (el tipo Acebuchal), y restos de dos cinturones: el que aquí nos interesa, acompañado de dos piezas hembras de tipo serpentiforme (Fig. 1), y un cinturón tartésico de lámina repujada¹⁹. Este conjunto se ha venido fechando a finales del siglo VII, coincidiendo con las últimas grandes sepulturas del Bajo Guadalquivir, y ésta es, consecuentemente, la cronología propuesta para el broche de placa romboidal de Acebuchal²⁰, cronología que hoy continúa siendo perfectamente asumible.

Finalmente, el broche de Peña Negra se encontró dentro de un agujero, arrollado sobre sí mismo, bajo un suelo tal vez correspondiente a una zona de habitación muy erosionada, en lo que se ha interpretado como una ocultación intencional. Las cerámicas de los estratos correspondientes al horizonte en que se halló apuntan al siglo VII a.C.²¹.

Estos tres broches antiguos presentan una serie de cualidades que son dignas de reseñar, y que se refieren a su constitución, a sus técnicas de elaboración y a su localización geográfica en el contexto del Hierro Antiguo en la Península Ibérica.

Por lo que se refiere a sus aspectos constitutivos, hay que señalar que estos tres conjuntos presentan, aparte de los broches propiamente dichos, una serie de complementos y guarniciones que afectan a la parte pecedera del cinturón, y que se concretan en una lámina de bronce que recorría toda la longitud del cinto, en su zona central, que se sujetaba mediante la aplicación de dos series de grapillas elaboradas también en bronce. Estos pequeños ágrafes, estrechamente unidos entre sí, se disponen en dos filas paralelas, una arriba y otra abajo, aprisionando la placa central contra el material blando que constituiría el cinto (probablemente cuero) al que atraviesan por su parte externa (Fig. 3). Este sistema, únicamente descrito para el cinturón de la Peña Ne-

gra²², es fácilmente observable en los restos del cinturón de La Joya conservados en el Museo de Huelva, y cabe deducir que es el mismo que presentaba el de Acebuchal a partir de los datos publicados por Bonsor y Schüle²³. Otra de estas guarniciones, esta vez sin broche, se ha hallado en recientes excavaciones realizadas en el yacimiento fenicio de La Fonteta, también en horizontes de finales del siglo VII²⁴. Estas guarniciones se complementarían con otro tipo de adornos, como los apliques globulares que aparecen en los ejemplares de Peña Negra o La Fonteta, o la inclusión de clavos chapados en oro en el caso de Acebuchal, donde también se recogieron globulillos de este mismo metal que podrían reproducir decoraciones semejantes a lo largo de la correa. Estos cinturones antiguos, por tanto, presentarían un aspecto mucho más rico que los que aparecen con posterioridad, de los que prácticamente, y aún tratándose de hallazgos acaecidos en contextos cerrados, sólo se conservan los broches. Marcan, no obstante, una excepción, algunos de los ganchos hallados en Carratiermes, conjuntamente con unas delgadas láminas de bronce que parecen corresponder a esta misma función de refuerzo de cinto²⁵, pero ninguno de los ejemplares sorianos presenta el sistema de grapas descrito ni las decoraciones globulares. Por eso debemos considerar que estos broches antiguos constituyen, conjuntamente con sus guarniciones metálicas, un tipo de cinturón bien individualizado y caracterizado dentro del grupo de los ganchos peninsulares de placa romboidal.

A la hora de buscar relaciones de este grupo de cinturones así constituido, surgen inmediatamente las analogías formales con los broches frigios y jonios (Fig. 2), que se constituyen como cintas metálicas que abrazan todo el perímetro del talle, pero también, con algunos ceñidores orientalizantes peninsulares igualmente destacados. A este respecto, ya se han señalado las conexiones de estas láminas centrales con la que aparece en el cinturón de oro de Aliseda, guarnecida en este caso por placas con decoración repujada²⁶. La lámina central de Aliseda aparece decorada con unas finas incisiones paralelas no alejadas de las que se observan en las de La Joya y, tal vez, en Acebuchal. A esto cabría sumar la constitución del cinturón de la tumba 14 de La Joya, con un rico broche calado de plata cuya cinta de cuero o

¹⁹ Bonsor 1899: 24-28

²⁰ Schüle 1969.

²¹ González Prats 1982: 370-372; 1983.

²² González Prats 1982: 370, fig. 31.

²³ Bonsor 1899: fig. 10; Schüle 1969: lám. 86, 2. En la actualidad estas cintas se han perdido.

²⁴ González Prats 1999: lám. XII.2.

²⁵ Argente *et alii* 2001: 110.

²⁶ González Prats 1982: 370. Para el cinturón de Aliseda Almagro-Gorbea 1977: lám. XXIV.

Fig. 3. Broches de La Joya (1), Acebuchal (2) y Peña Negra (3). Sistema de unión de las guarniciones metálicas mediante grapillas adosadas (4).

lienzo se decoraría con globulillos de oro, tal y como se deduce de las condiciones del hallazgo ²⁷.

Otra de las características técnicas que aparece en estos cinturones antiguos de escotaduras y placa romboidal es la disposición de unas pestañas en el reverso de la placa que, al doblarse sobre sí mismas, favorecen la inserción de la correa. Estas pestañas están perforadas para permitir el paso de los clavos de sujeción y asegurar así la unión a la cinta de cuero (o lienzo), tal y como sucede en los ejemplares de Acebuchal, donde son curvadas, y Peña Negra, donde tienen forma cuadrada ²⁸ (Fig. 3). En el ejemplar de La Joya están ausentes. Las pestañas se funden conjuntamente con el resto del broche, algo que obliga a emplear recursos técnicos de cierta complejidad, como el uso de la cera perdida, para unos objetos que no resulta del todo imposible fundir a molde, incluso a molde abierto. De hecho, estas pestañas fundidas conjuntamente dejan de aparecer en las siguientes generaciones de broches de placa romboidal ²⁹, o bien son sustituidas por procedimientos técnicos más simples, como se observa en un broche de Valdenovillos (sin escotaduras), al que se han añadido mediante remaches ³⁰, o sobre otro gancho de Mas de Mussols (Tortosa, Tarragona), donde las pestañas se obtienen doblando unas prolongaciones inicialmente fundidas en el mismo plano que el resto de la placa (Fig. 6,1) ³¹, recurso que también resulta habitual en los broches de tipo Fleury ³². Pestañas fundidas conjuntamente con la placa vuelven a aparecer, sin embargo, sobre el broche de Magdalenenberg (Fig. 4), que presenta una cronología de finales del siglo VII o principios del VI, coincidente pues con la de los ganchos españoles que ostentan este rasgo.

Al margen de estas peculiaridades técnicas, hay otros elementos geográficos y contextuales que personalizan a este grupo de cinturones antiguos y que los diferencian de los de épocas posteriores. En pri-

mer lugar su escaso número, tanto en términos absolutos (no suman en total más de cuatro o cinco unidades ³³) cuanto en relación con el material de los yacimientos de que proceden. Resulta, así, extraño, que aparezca más de una unidad por yacimiento, contrastando con lo que será habitual en fases posteriores (23 broches en Mas de Mussols, 34 en Aguilar de Anguita, más de 80 en Carratiermes...). Esta escasez se une a sus características formales ya reseñadas (técnicas de elaboración complejas, complementos de oro...) para subrayar su condición de objetos valiosos y diferenciados, algo hacia lo que también apuntan de forma evidente los contextos en que se han hallado: la necrópolis más rica del orientalizante peninsular (La Joya), un gran túmulo de más de 4 m de altura y 30 de diámetro (Acebuchal) o una ocultación intencional (Peña Negra).

Por último, hay que destacar su situación geográfica, siempre en el Mediodía Peninsular y en contextos orientalizantes avanzados correspondientes a las últimas décadas del siglo VII.

En esta tesitura resulta difícilmente sostenible que estos broches de placa romboidal puedan tener una inspiración transpirenaica. Los ejemplares más antiguos aparecen concentrados en la zona sur de la península, en contextos marcadamente orientalizantes, donde están prácticamente ausentes los elementos centroeuropeos. Además, estos broches antiguos aparecen perfectamente conformados, elaborados como objetos de cierta complejidad formal y con técnicas que no se rastrean en la tradición anterior representada por los broches tartésicos, que emplean unos procedimientos técnicos diferentes ³⁴, ni tampoco en otros adornos semejantes del centro de Europa. Sólo en época más avanzada comienzan a aparecer en las zonas célticas de la Península Ibérica estos ganchos de placa romboidal, en momentos donde es difícil, igualmente, reconocer presencias transpirenaicas. Allí serán mucho más populares, si nos dejamos guiar por los datos numéricos de que hoy disponemos, pero estarán ya desprovistos de las características que definen el grupo más antiguo y que les confieren su singularidad.

En esta misma línea resulta interesante referir el hallazgo de un broche de cinturón fenicio-occidental (Tipo 6º de los broches tartésicos de Cerdeño ³⁵) en la necrópolis de Carratiermes, desgraciadamente

²⁷ Garrido y Orta 1978: 40 ss; lám. XXIV.

²⁸ También parecen presentes en el broche del Campo de la Verdad (Córdoba) y en una placa de La Pedrera (Lérida), a la luz de lo publicado: Cerdeño 1978: fig. 7,2 y Schüle 1969: lám. 182,18 respectivamente.

²⁹ A partir de la información publicada, si bien hay que tener en cuenta que no siempre se dibujan las secciones, y que, a veces, cuando se hace, se dibuja una sección central que impide comprobar si existen estas pestañas.

³⁰ Cerdeño 1978: fig. 6,1. El broche que aparece en la figura 6,2, procedente de Almaluez también presenta un aplique, aunque de la información publicada no es posible obtener los procedimientos técnicos.

³¹ Maluquer 1984: fig. 13.

³² Para la denominación de los tipos y variantes sigo la terminología de Parzinger y Sanz (1986) que por ser de corte toponímico resulta más fácilmente memorizable que las demás, de tipo alfanumérico.

³³ A los de La Joya, Acebuchal, Peña Negra y La Fonteta (éste sin broche) tal vez habría que unir el ejemplar de Campo de la Verdad (Córdoba) y, fuera del ámbito peninsular, el de Magdalenenberg.

³⁴ Jiménez Ávila 2002: 320.

³⁵ Cerdeño 1981. Para su consideración como broches fenicios: Jiménez Ávila 2002: 318.

Fig. 4. Broche de la tumba 65 de Magdalenenberg (s. Spindler 1972).

fuera de contexto. La tímida presencia de este tipo de objetos en esta necrópolis celtibérica permite realizar dos sugerencias: 1) Por un lado, que en las primeras etapas de la Cultura Celtibérica no se está desarrollando un tipo de broche que sea característico de esta zona, ni se están adoptando modelos de Europa, sino que se recurre a objetos de lujo propios de otras latitudes peninsulares. 2) Que estas latitudes se encuentran, precisamente, en el Sur de la Península Ibérica donde, a finales del siglo VII están empezando a usarse los primeros broches de escotaduras laterales y placa romboidal.

Pero si los broches de la Celtiberia se relacionan o no de manera directa con estas producciones meridionales, es algo sobre lo que volveré más adelante. Baste por ahora constatar que, en el estado actual de nuestros conocimientos, mantener el origen centroeuropeo de los ganchos peninsulares de placa romboidal y escotaduras resulta problemático, y es algo que sólo puede ampararse en la mayor difusión que este tipo de broches encuentra en algunas zonas célticas de la Península Ibérica, argumento que por sí mismo resulta insuficiente a la hora de establecer procedencias, como es bien sabido. Contra esto observamos 1) que los ejemplares más antiguos no proceden de estas zonas sino de contextos orientalizantes del Mediodía peninsular; 2) que de esta misma zona meridional están llegando otro tipo de broches, como demuestra el ejemplar fenicio de Carratiermes y 3) que la cronología de los prototipos hallstáticos es coetánea o incluso posterior en el tiempo al grupo antiguo, como ya habían señalado algunos autores ³⁶.

³⁶ Schüle 1969: 133.

Ante este panorama debemos contrastar las conclusiones de la hipótesis griega en el punto en que la dejaron Parzinger y Sanz en su trabajo de 1986: sobre las analogías formales de estas placas de escotaduras con los cinturones de Gordion, Quíos o Éfeso hay poco que añadir a lo ya dicho: la documentación gráfica habla por sí misma; la dispersión meridional de las unidades más antiguas encaja bien en el esquema de un origen griego, pues es en la costa sur donde encontramos las primeras importaciones de este signo, produciéndose además alguna circunstancia afortunada, como el hecho de que uno de los ejemplares haya aparecido en Huelva, donde encontramos elementos griegos desde el siglo VIII. El principal escollo que debe salvar este planteamiento, sigue siendo, no obstante, el escalón de casi un siglo que se establece entre las más recientes producciones de Jonia y Anatolia y las más antiguas de España que, además, ya presentan características propias. La hipótesis de que los originales greco-orientales llegaron a la península en el horizonte más antiguo de las importaciones griegas no encuentra, hoy por hoy, respaldo arqueológico, por lo que, como bien afirmaban sus promotores «se puede estar a la expectativa de que futuros hallazgos ayudarán a definir el camino de Este a Oeste de estas formas de broches de cinturón» ³⁷.

Las sandalias de Apolo

La zona denominada «La Era» es una pequeña explanada del Santuario de Delfos que se sitúa a

³⁷ Parzinger y Sanz 1986: 186.

Fig. 5. Marfiles de Delfos, representando la parte delantera de unos pies calzados con sandalias. (Foto EFA neg. 28226).

medio camino en el zigzagueante sendero que conduce al Templo de Apolo, justo delante del Pórtico de los Atenienses. En este lugar, bajo las losas que pavimentan el camino, se excavaron en 1939 dos fosas rellenas de un rico material arqueológico que habría formado parte de las ofrendas y del mobiliario cultural del santuario. Los materiales aparecieron quemados y mezclados con tierras y cenizas, por lo que se identifican como pertenecientes a algún edificio incendiado a finales del siglo V, fecha a la que apuntan los hallazgos más recientes. Se trataría, por tanto, de dos favisas en las que se habrían enterrado los objetos sacros deteriorados por el fuego, inútiles ya para el culto, y que abarcan una cronología de más de 300 años. Entre los objetos exhumados de las fosas de «La Era» destacan una serie de esculturas realizadas en técnica mixta de oro y marfil (crisoelefantinas) que por sus características formales se consideran una producción jonia del siglo VI a.C.³⁸. Se conservan restos de tres figuras antropomorfas en tamaño natural y de al menos otras ocho de menores dimensiones. Las partes trabajadas en marfil son las que corresponden a las zonas anatómicas visibles: rostro, brazos y pies. El resto, posiblemente un simple armazón lignario, quedaría cubierto por vistosos ropajes confeccionados en ricos tejidos y adornados con elementos de oro, que también se han encontrado en abundancia. Para las tres

³⁸ Boardman 1991: 77.

esculturas mayores se ha propuesto, aunque de forma muy hipotética, su identificación con la divinidad de la tríada apolínea: Leto, Artemis y, por supuesto, Apolo³⁹.

Uno de los pares de pies de marfil mejor conservados y pertenecientes a las esculturas de tamaño medio⁴⁰ presenta trabajadas en relieve unas curiosas sandalias que constan de dos elementos en la zona visible: una estrecha cinta transversal, que sujeta la parte delantera del pie, justo en el nacimiento de los dedos y otra pieza, presumiblemente metálica, que dispuesta de forma longitudinal al pie sujeta la cinta a través de un gancho situado en su extremo (Fig. 5). La cinta, que debe estar representando algún material flexible como el cuero, se decora con una sucesión de motivos geométricos y fitomorfos organizados en metopas. La sujeción longitudinal, situada sobre el empeine, reproduce en su silueta todos los rasgos que definen la forma de nuestros cinturones.

³⁹ Amandry 1991: 206-219.

⁴⁰ Si es difícil identificar a las divinidades que representan las esculturas mayores mucho más lo es identificar las esculturas menores a las que pertenecen estos pies, cuyas cabezas se conservan en forma de simples muñones de marfil. Su confección en técnica crisoelefantina debe hacernos pensar que se trata de personajes divinos, pero no se puede afirmar, ni siquiera como hipótesis, que estos pies calzados correspondieran a una estatua de Apolo. El título de este epígrafe es, en estas coordenadas, una licencia. No obstante, en última instancia, se podría afirmar que todos los objetos hallados en el Santuario de Delfos, incluyendo estas sandalias, son de Apolo.

nes de placa romboidal y escotaduras laterales, de ahí que estos objetos resulten tan importantes de cara a nuestro estudio.

Efectivamente, estos agarres se componen de una ancha lengüeta proximal que se adapta a la curvatura del pie y cuyo arranque no se representa, pues verosímilmente, se perdería bajo el manto de la imagen. En este sentido es de destacar cómo todos los pies de marfil recuperados de este conjunto se recorran regularmente a medio empeine. Es la zona proximal la que más difiere de la morfología de los cinturones peninsulares, pues presenta una longitud muy desarrollada, probablemente como consecuencia de su diferente función. Estas sujeciones dibujan unas marcadas escotaduras que van definiendo en la parte distal una silueta romboidal que culmina en un alargado gancho que se une a la banda transversal, justo entre los dedos pulgar e índice de cada pie. Toda la pieza se complementa con una profusa decoración: la lengüeta presenta unas palmetas de siete pétalos ribeteados que parten de una ova triangular que se enquista en la confluencia de las escotaduras. Esta zona queda enmarcada en un ribete de perlas, motivo que también separa la ova de los pétalos. La parte romboidal se decora con acanaladuras concéntricas que se adaptan a su forma alargada, uniéndose en el gancho, donde la pieza se estrecha. En la zona central también se inserta un rombo de perlas contiguas. Las esquinas de las escotaduras se dotan de unas pastillas redondas que contribuyen definitivamente a reconocer en estas representaciones complementos similares a nuestros cinturones de placa romboidal, al reproducir la misma disposición que aparece en el broche de Magdalenenberg (Fig. 4) y en algunos de los subtipos que se reparten fundamentalmente por Cataluña y el Languedoc (los denominados Ampurias y Mailhac) que se provén de unos pequeños globulillos esféricos de similares características y ubicación (Fig. 6, 2 y 3).

La situación de estos aditamentos en los pies de una escultura, formando parte de unas sandalias, impide considerar directamente su función como broches de cinturón. No obstante, hay que hacer dos observaciones: 1) La primera se refiere a la función primaria de estas sujeciones que, en última instancia, parece la misma que la de una hebilla: unir mediante un gancho y por la fuerza de la tensión dos o más elementos separados. 2) La segunda es de orden histórico y se refiere a la constatación entre las modas y usos de la Jonia arcaica (donde presumiblemente se tallaron estos marfiles) de la existencia de complementos y adornos de vestir combinados «a juego» entre sí, reproduciendo las mismas formas. El ejemplo más conocido está íntimamente relacio-

nado con el tema que aquí estamos tratando, pues se refiere, precisamente, a la conformación de los broches de cinturón frigios y quiotas, en cuyas hebillas se incluye, a modo de ornamentación, una pieza semicircular que reproduce fielmente el arco de las fíbulas que se emplean en la misma época, hasta el punto de que a veces, si no se hallan completos, llegan a confundirse con facilidad⁴¹. Algunos yacimientos greco-orientales como el Hereo de Samos han proporcionado una buena colección de estos adornos combinados⁴².

Con todo ello no parece arriesgado proponer la existencia de broches de cinturón de este tipo circulando en Grecia del Este durante los siglos VII y VI a.C., broches que, posiblemente, combinarían con otros complementos de vestido como los representados en estas sandalias de Delfos. A los argumentos recién expuestos hay que unir la existencia de hebillas morfológicamente próximas que pueden haber actuado como antecedentes (los ganchos frigios y quiotas) y de toda una pléyade de epígonos que aparecen en el extremo occidental del Mediterráneo, justo coincidiendo con la primera llegada arqueológicamente significativa de productos griegos.

Esta posibilidad, la de la existencia de una familia de hebillas griegas arcaicas prácticamente idénticas a las de los broches de placa romboidal y escotaduras españoles, parece entonces más viable que suponer que éstos se hayan inspirado en complementos de vestido que no sean propiamente cierres de cinturón, aunque esto tampoco es absolutamente descartable.

En principio puede resultar llamativa la extrema escasez de este tipo de bienes que se documenta en la propia Grecia. Las hebillas de Corfú y Olimpia, de tipos avanzados, no son aducibles como ejemplos válidos de una producción helénica, pues responden a una época en que la actividad artesanal hispánica está lo suficientemente bien representada y caracterizada como para considerarlos creaciones occidentales. Hay que tener presente que los contextos del Arcaísmo griego no son especialmente pródigos en objetos de adorno, algo que los diferencia sustancialmente de lo que acontece en la Europa Bárbara. En esto la arqueología coincide con las noticias que nos han transmitido las fuentes escritas acerca de las restricciones en el lujo en el vestir que imponía la legislación de algunas *poleis* griegas⁴³. Posiblemente sean las ciudades de Asia Menor, influidas por las costumbres orientales, las que con más frecuencia

⁴¹ Boardman 1962; Caner 1983.

⁴² Jantzen 1972: láms 44-46.

⁴³ Stein-Hölkeskamp 1989.

Fig. 6. Diversas modalidades de broches de cinturón de placa romboidal y escotaduras laterales mencionados en el texto. 1: Tipo Acebuchal, de Mas de Mussols, Tarragona (s. Maluquer 1984); 2: Tipo Ampurias, de Mianes, Tarragona (s. Maluquer 1987); 3: Tipo Mailhac, de Mas de Mussols, Tarragona (s. Maluquer 1984); 4: Tipo Bureba o Miraveche, de Miraveche, Burgos (s. Schüle 1969); 5: Tipo Osuma, del Museo de Segobriga, Cuenca (s. Cerdeño 1978); 6: Tipo Griegos, de Mianes, Tarragona (s. Maluquer 1987); 7: Tipo Fleury, de Ullastret, Gerona (s. Pons i Brun 1976). Escala aproximada 1/2.

escapan a esta norma. Sin embargo, es importante verificar cómo la mayoría de los objetos de adorno documentados en Jonia proceden de santuarios y áreas sacras. Es decir, normalmente no son productos de consumo humano sino ofrendas y elementos de rango divino. De hecho, la silueta de los cinturones frigios se reconoce sobre algunas representaciones de divinidades del siglo VII, siguiendo una tradición más generalizada de representar a los dioses con anchos ceñidores ⁴⁴.

Por tanto, la ausencia de broches de cinturón de escotaduras y placa romboidal en Grecia no debe entenderse como un obstáculo insalvable de cara a proponer su existencia y debemos recordar que las producciones artesanales de algunas ciudades jónicas, como la propia Focea, permanecen aún sin poder describirse por falta de excavaciones arqueológicas. La constatación de precedentes orientales, de representaciones coetáneas *in situ* y de derivados en Occidente constituyen, si no una clara evidencia, sí un conjunto de indicios suficientemente significativo como para proponer su uso. La utilización de estos bienes, no obstante, debió ser limitada, restringida a la indumentaria de las imágenes divinas, o a usos de carácter ceremonial, reducidos a ocasiones muy concretas, como propone Boardman para los cinturones quiotas, que relaciona con los fastos nupciales y que, finalmente, acaban siendo ofrendados en el santuario local ⁴⁵. Esta dualidad de contextos (sacros en Grecia-funerarios en el mundo bárbaro) no debe resultar extraña, pues está bien constatada en otro tipo de bienes, como los calderos de bronce con prótomos figurativos, bien casi exclusivo de los santuarios cuando nos hallamos en la Hélade y que fuera de ella se encuentra preferentemente en palacios y tumbas aristocráticas; o los cascos militares, que siguen una pauta parecida.

Cinturones griegos, cinturones ibéricos, cinturones celtibéricos...

La constatación arqueológica de unos aditamentos ornamentales tan extremadamente próximos a los broches peninsulares en la Grecia del siglo VI a.C. permite replantear el problema del origen y desarrollo de estos últimos bajo unas nuevas coordenadas. De este modo, contamos con argumentos que posibilitan establecer una continuidad en el uso de este tipo de elementos en la propia Grecia, lo que permite enlazarlos cronológicamente con los bro-

ches occidentales, por lo que ya no resulta necesario adscribir su llegada al horizonte pre-focense en forma de hebillas frigias o quiotas, cuya presencia en Occidente la arqueología no ha revelado. Por el contrario, es más posible que sean estas formas de época arcaica las que hayan llegado directamente a Iberia, coincidiendo en el tiempo con la gran eclosión de importaciones de cerámica griega en la costa meridional, y particularmente en Huelva ⁴⁶. En este sentido, resulta aún más feliz que uno de estos broches, el de la tumba 10 de La Joya, haya aparecido justamente en la necrópolis onubense. No debe resultar extraño que empecemos a reconocer algunas importaciones griegas a partir del material hallado en Occidente, tal y como sucede con una serie de cerámicas de anómalas pastas verdosas halladas en la propia ciudad de Huelva cuya procedencia concreta, aún dándose por hecho que es greco-oriental, está aún por determinar ⁴⁷.

En este punto, es necesario plantearse la posibilidad de importaciones directas de Grecia (seguramente de Grecia del Este) dentro de esta familia de broches de cinturón. Los ejemplares de Magdalenberg y La Joya podrían entrar dentro de esta categoría. El primero es el que más se asemeja en su constitución a los adornos representados en los marfiles de Delfos, por la mayor estilización del gancho y por la adición de cuatro apéndices globulares rematando las esquinas de las escotaduras. Por otra parte, una importación de Grecia en el Baden Würtemberg de inicios del siglo VI resulta mucho menos chocante, a la luz de nuestros actuales conocimientos, que una importación hispánica. Por su parte, el ejemplar de La Joya se enmarca en un contexto en que las importaciones griegas son especialmente frecuentes. Estas importaciones no sólo son cerámicas, sino que también atañen a objetos metálicos, como indican los dos jarros «rodios» hallados en varias tumbas de la necrópolis. El cinturón de Huelva presenta, no obstante, algunos elementos propiamente hispánicos, como las hembras serpentiformes y los refuerzos metálicos del cinto, que autorizarían a cuestionar esta adscripción, aunque a esto se pueden hacer dos salvedades: 1) Nuestro desconocimiento de los broches griegos no permite descartar que estos complementos existieran en Grecia. 2) Nada obliga a que el broche y los refuerzos del cinto hayan sido confeccionados en una misma esfera artesanal. Sea como fuere, estas dos hebillas presentan elementos tipológicos propios, y en las clasificaciones más recientes constituyen taxones bien diferen-

⁴⁴ Boardman 1961-62; 1991.

⁴⁵ Boardman 1961-62: 189.

⁴⁶ Cabrera 1995.

⁴⁷ Cabrera 1988-89: 61-62.

ciados del resto del llamado tipo Acebuchal, en el que inicialmente se agrupaban ⁴⁸.

Los más antiguos broches de este tipo Acebuchal (los ejemplares de Peña Negra, Acebuchal, tal vez el del Campo de la Verdad) podrían ser creaciones coloniales, pues cuentan con elementos técnicos novedosos que no se rastrean en la tradición anterior de hebillas peninsulares, como las láminas grapadas o las pestañas conjuntamente fundidas en el reverso, que tampoco aparecen en las generaciones posteriores. La distribución de estos primeros broches de placa romboidal en contextos orientalizantes del sur peninsular animaría a vincular su producción al foco de Huelva, aunque hablar de talleres coloniales en Huelva suponga entrar en la acalorada discusión de la naturaleza y peculiaridades de la presencia griega en la ciudad.

A partir del siglo VI, los broches de cinturón de placa romboidal comienzan a ser más frecuentes en el cuadrante nororiental de la Península Ibérica, sobre todo en la Celtiberia. Ya he señalado cómo entre los más antiguos elementos de las tumbas celtibéricas aparecen broches fenicio-occidentales llegados con toda probabilidad del sur peninsular. Sin embargo, una influencia meridional no resulta suficiente para explicar esta distribución cronoespacial tan descompensada, ni algunos fenómenos concretos, como el surgimiento de modalidades bien caracterizadas más allá de los Pirineos, en Provenza y Languedoc ⁴⁹. En su lugar, la sugerencia de una producción colonial griega puede venir a justificar algunos de estos comportamientos. El traslado del nodo de la actividad comercial focense desde el Suroeste tartésico al área de Ampurias y el Golfo de León podría haber ocasionado la reubicación de los centros de producción y la difusión desde estos nuevos focos a las áreas geográficas más próximas: el Sureste francés, Cataluña y la Celtiberia. Algunos tipos de broches son especialmente abundantes en esta zona próxima a las colonias griegas (los tipos Ampurias, Mailhac y Fleury, principalmente) y su ausencia en los propios enclaves coloniales se justificaría, de nuevo, por los distintos usos de que son objeto estos útiles por parte de la población local y de la población alóctona ⁵⁰. No deja de ser significativo, a este respecto, que los cinco ejemplares recuperados en Ampurias procedan de la llamada necrópolis de la Muralla NE, considerada como un cementerio indígena, constatándose su total ausencia en las tumbas propiamente griegas ⁵¹.

⁴⁸ Mansel 1996: 163-165.

⁴⁹ Mansel 1998.

⁵⁰ Cfr. *supra* n. 43.

⁵¹ Almagro 1955.

El modelo griego, bajo este nuevo prisma, ayuda también a comprender mejor la presencia de broches de este grupo en el Mediterráneo Central y Oriental, siempre en lugares de resonancias helénicas. Aleria, en el sur de Córcega, es la zona de asentamiento focense tras la conquista persa, y la presencia griega sigue siendo fundamental incluso con posterioridad a la batalla de Alalia ⁵². Por su parte, las importaciones masaliotas no son infrecuentes en el área etrusca, lo que justificaría la presencia de un ejemplar muy mal conocido procedente de Populonia ⁵³. En cuanto a los broches hallados en Corfú y Olimpia se entienden mejor como resultado de ofrendas realizadas por mercaderes griegos occidentales a las divinidades helénicas que como deposiciones de mercenarios iberos, que sólo aparecen mencionados en las fuentes para épocas posteriores. Estos griegos occidentales depositarían sus propias creaciones artesanales (seguramente acompañadas de lujosos vestidos y ceñidores) en los primeros espacios sagrados que encontrarán en sus viajes de retorno (Corfú) o en centros panhelénicos como Olimpia, en un proceso que recuerda al que ilustran los marfiles fenicios occidentales hallados en el Pozo G de Samos. No hay que olvidar, por otra parte, que los marseleses consagraron un tesoro en el santuario de Delfos. En Grecia constatamos, una vez más, que los contextos en que aparecen estos objetos de adorno son netamente distintos de los occidentales: pocos broches en santuarios – muchos broches en tumbas.

Replanteado el modelo griego gracias a las sandalias ebúrneas de Delfos, conviene ahora volver a sus primeros exponentes, a aquéllos en que Déchelette defendía la separación de un grupo de hebillas de escotadura propiamente griega junto a la existencia de imitaciones locales. Efectivamente, los datos de tipología y distribución geográfica permiten pensar que estos broches originariamente griegos fueron objeto de abundantes imitaciones regionales a lo largo de toda su producción. Algunos grupos adquirieron características propias, como el tipo denominado Bureba o Miraveche (Fig. 6,4), que únicamente se encuentran en la región de Burgos, el tipo Griegos (Fig. 6,6), que sólo aparece en la Celtiberia o el propio tipo Fleury (6,7), que raramente se documenta fuera de territorio francés, constituyendo agrupaciones regionales bien definidas. Otros grupos debieron ser producidos en el círculo masaliota-ampuritano. Es el caso de las formas más recientes del tipo Acebuchal (Fig. 6,1), que continuarían la tradición anterior, y también de los tipos llamados

⁵² Jehasse y Jehasse 1973.

⁵³ Parzinger y Sanz 1986: 191.

Ampurias (Fig. 6,2) y Osma (Fig. 6,5) que son los que aparecen en el Mediterráneo oriental, y que alcanzaron mayor difusión⁵⁴. Pero también es posible que algunas unidades de estos tipos sean ya producto de imitaciones locales no sometidas a peculiaridades regionales, como podrían indicar algunas decoraciones grabadas en sus superficies. Todo ello debería ser objeto de un nuevo estudio de conjunto que tuviera en cuenta las nuevas unidades aparecidas y sus contextos arqueológicos junto a nuevos procedimientos de análisis, como las metalografías, las espectrografías de composición o la caracterización isotópica. Tal vez entonces podamos llegar a aislar correctamente las diferentes producciones y a personalizar hebillas de cinturón celtibéricas, vacceas o ibéricas, o determinar la procedencia de las unidades que de manera más aislada se encuentran en otras regiones peninsulares más alejadas, como Extremadura⁵⁵, el Sur de Portugal⁵⁶ o Andalucía Occidental, donde contrastando con la relativa abundancia de broches de la fase más antigua, ahora sólo documentamos un ejemplar en los niveles turdetanos de Tejada la Vieja⁵⁷.

La presencia de varios grupos de broches de bronce en la Protohistoria ibérica no parece tener, por tanto, una motivación esencialmente etno-cultural, sino más probablemente de tipo cronológico. De este modo, observamos cómo estos broches de escotaduras laterales, tradicionalmente vinculados a lo céltico, se extienden por otras zonas distintas de la Celtiberia, y cómo sus primeros usuarios fueron las aristocracias meridionales del Período Orientalizante, como consecuencia del contacto con los mercados griegos y no como resultado de estímulos centroeuropeos. La Celtiberia es la región donde, a partir de los datos actuales alcanzaron mayor popularidad, pero también parece claro que en esta zona se usaron otros tipos de broches, como los fenicios (excepcionalmente), los de placa rectangular, y ya a partir del siglo IV también los ibéricos⁵⁸.

Los broches de escotaduras laterales y placa romboidal también se hacen eco de las transformaciones sociales que experimentaron las poblaciones de la Península Ibérica a lo largo de la Edad del Hierro.

Así, en un primer momento brillan por su escasez y por sus abigarradas composiciones, siendo objetos primorosos, distintivos de unos pocos personajes diferenciados que habitaron en el área meridional. Después se hacen menos elaborados y mucho más abundantes, y pasan a incorporarse a los ajuares de grupos sociales más amplios, evidenciando el tránsito de las pomposas monarquías orientalizantes a las aristocracias guerreras del mundo ibérico y celtibérico. No obstante, todos estos aristócratas compartieron, tal vez sin saberlo, una parte del lujo que ensalzaba la gloria de los dioses griegos.

CONCLUSIONES

A lo largo del siglo XX los broches de cinturón de placa romboidal, uno de los más característicos objetos de adorno de la protohistoria peninsular, han sido materia de distintas valoraciones en lo que se refiere a su origen y desarrollo. Las opiniones expresadas sobre esta cuestión se agrupan en torno a dos paradigmas fundamentales que se pueden denominar celta y griego. El paradigma céltico surge entre los prehistoriadores de la Península Ibérica en los años 20, ha sido defendido básicamente por investigadores españoles y ha gozado de una cierta continuidad historiográfica, de modo que ha acabado por imponerse como tesis oficial, al punto que el epíteto «céltico» es el que de manera casi unívoca se usa para definir tipológicamente a este grupo de objetos. Por su lado, el modelo griego, ha sido propuesto siempre por investigadores extranjeros, a veces de modo colateral a sus trabajos, focalizados en otras zonas del Mediterráneo; no ha gozado de continuidad en el tiempo y se ha aplicado escasamente a la investigación peninsular, de manera que muy raramente ha sido considerado por los arqueólogos españoles y en pocas ocasiones se ha recogido en sus estudios, no ya como un modelo explicativo viable, sino como una tendencia historiográfica meramente existente.

En este trabajo he pretendido aportar nuevos documentos e ideas que fortalecen la viabilidad del modelo griego como la hipótesis explicativa más asumible para la arqueología protohistórica del siglo XXI. A los argumentos señalados por la investigación anterior, fundamentalmente, las analogías con los cinturones frigios y jonios de los siglos VIII y VII a.C., se añaden las características peculiares del grupo más antiguo y su contextualización en ambientes tardo-orientalizantes del sur peninsular. Y, sobre todo, la existencia de elementos de adorno que re-

⁵⁴ Esto explicaría también la temprana difusión de estos tipos en Francia, como revela la cronología de algunos contextos de mediados del siglo VI a. C. en Grand Bassin o Pouzols-Minervois (Schüle 1969).

⁵⁵ Ejemplares en la necrópolis de Medellín: Almagro-Gorbea 1977: fig. 122; El Risco (Sierra de Fuentes, Cáceres): Jiménez Ávila y González Cordero 1996: fig. 4,26 y La Martela (Segura de León, inédito).

⁵⁶ Ejemplares en Alcacer do Sal, Gatão y O Crasto: Cerdeño 1978: 289-290.

⁵⁷ Fernández Jurado 1987: lám. LIII.

⁵⁸ Lorrio 1997: 216.

producen la silueta de estos cinturones en unos marfiles jonios del siglo VI hallados en el santuario de Apolo en Delfos. La constatación de este tipo de objetos en la Grecia arcaica permite establecer un nexo más próximo entre la artesanía jonia y las producciones peninsulares, al punto de poder suscitarse la hipótesis de que algunos de los broches localizados en Occidente, sean obras orientales. Una producción en origen griega de estos objetos contribuye también a entender mejor su presencia extrapeninsular, fundamentalmente en santuarios helénicos, significativamente, el mismo tipo de contextos en que aparecían sus antedecentes anatólicos y jonios.

Una parte de estos bronce debieron producirse en oficinas coloniales de fines del siglo VII y durante el siglo VI. Esto explicaría el traslado de los puntos focales de distribución del sur peninsular (coincidiendo con la presencia de cerámicas griegas arcaicas en Huelva) a la zona del golfo de León (en sintonía con la fundación de la colonia de Marsella y con el desarrollo de la actividad comercial de Ampurias). Desde allí, a partir del siglo VI, se extenderían hacia las comunidades locales del Sur de Francia y de la Península Ibérica: la Cultura Ibérica, la Celtiberia y la zona vaccea. En todos estos ámbitos debieron ser objeto de imitaciones locales que darían lugar a grupos tipológicos con peculiaridades propias, como los denominados tipo Fleury, de distribución casi exclusivamente francesa, el tipo Miraveche, en la Meseta Noroccidental española, o los más sencillos tipos del área celtibérica, donde, a partir de los datos hoy disponibles, documentamos su mayor abundancia. En este sentido sería legítimo hablar, para algunas de estas creaciones, de broches propiamente celtibéricos, pero también de broches ibéricos o vacceos, sin olvidar la presencia de los tipos más recientes en otras regiones peninsulares como Andalucía Occidental, Extremadura o el Sur de Portugal.

Pero más allá de la cuestión terminológica, reconocer el origen jonio de estos broches contribuye, creo, a reflexionar sobre múltiples aspectos concernientes a la investigación de la Protohistoria peninsular, tanto en lo que afecta a la colonización griega, sus mecanismos y relaciones de intercambio, cuanto a la organización artesanal y social de las poblaciones locales.

AGRADECIMIENTOS

Deseo manifestar mi agradecimiento a Esther Vázquez por sus gestiones para la obtención del material fotográfico de la EFA (École Française

d'Athènes), y al personal de esta institución por las facilidades dadas para su publicación. También a Blanca Mejía por su colaboración en el tratamiento infográfico de las ilustraciones.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO, M. (1955): *Las necrópolis de Ampurias II*. Barcelona.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana XIV. Madrid.
- (1996): *Ideología y poder en Tartessos y el Mundo Ibérico*. (Discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia). Madrid.
- ALMEIDA, J. y VEIGA FERREIRA, O da (1967): «Fechos e placas de cinturão hallstáticos encontrados em Portugal». *O Arqueologo português Série III*, I: 81-95.
- AMANDRY, P. (1991): «Les foses del'Aire». *Guide de Delphes: le Musée*. París: 191-226.
- ARGENTE, J.L., DÍAZ, A. y BESCÓS, A. (2001): *Tiermes V. Carratiermes necrópolis celtibérica*. Arqueología en Castilla y León. Memorias 9. Valladolid.
- BOARDMAN, J. (1961-62): «Ionian Bronze Belts». *Anatolia VI*: 179-189.
- (1967): *Excavations in Chios 1952-1955. Greek Emporio*. Annuary of the British School of Athens Supplementary 6. Oxford.
- (1975): *Los griegos en ultramar: comercio y expansión colonial antes de la era clásica*. Madrid.
- (1991): *Greek Sculpture: The Archaic Period (2ª)*. N. York.
- BONSOR, G. (1899): *Les colonies agricoles preromaines de la Vallée du Betis*. Revue Archéologique XXXV. París.
- BOSCH GIMPERA, P. (1921): «Los celtas y la civilización céltica en la Península Ibérica». *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones XXIX*: 248-301.
- CABRÉ, J. (1937): «Broches de cinturón de bronce damasquinados con oro y plata». *Archivo Español de Arte y Arqueología XIII*: 93-126.
- CABRERA, P. (1988-89): «El comercio foceo en Huelva: cronología y fisionomía». *Tartessos y Huelva. Huelva Arqueológica X-XI.3*. Huelva: 43-100.
- (1995): «Cerámicas griegas en Tartessos: su significado en la costa meridional de la península desde Málaga a Huelva». *Actas del Congreso conmemorativo del V Symposium Internacional*

- de Prehistoria Peninsular. Biblioteca de Estudios Ceretanos 14. Jerez de la Frontera: 387-399.
- CANER, E. (1983): *Fibeln in Anatolien*. Prähistorische Bronzefunde XIV.8. Munich.
- CERDEÑO, M.L. (1978): «Los broches de cinturón peninsulares de tipo céltico». *Trabajos de Prehistoria* 35: 279-306.
- (1981): «Los broches de cinturón tartésicos». *Huelva Arqueológica* V: 31-56.
- CUADRADO, E. (1961): «Broches de cinturón de placa romboidal en la Edad del Hierro peninsular». *Zephyrus* XII: 208-221.
- CUADRADO, E. y ASCENÇÃO, M.A. DE (1970): «Broches tartésicos de cinturón de doble gancho». XI Congreso Nacional de Arqueología. Zaragoza: 494-514.
- DÉCHELETTE, J. (1913): «Agrafes de ceinturon ibériques d'origine hellénique». *Opuscula archaeologica Oscari Montelio septuagenario dicata*. Estocolmo: 233-248.
- FERNÁNDEZ JURADO, J. (1987): *Tejada la Vieja: una ciudad protohistórica*. Huelva Arqueológica IX. Huelva.
- GARCÍA Y BELLIDO, A. (1974): «Otros testimonios más de la presencia de mercenarios españoles en el Mediterráneo». *Simposio de Colonizaciones*. Barcelona: 201-203.
- GARRIDO, J.P. (1970): *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya» Huelva I (1ª y 2ª campañas)*. Excavaciones Arqueológicas en España 71. Madrid.
- GARRIDO, J.P. y ORTA, E.M. (1978): *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya» Huelva. II. (3ª, 4ª y 5ª Campañas)*. Excavaciones Arqueológicas en España 96. Madrid.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1982): «La Peña Negra IV. Excavaciones en el Sector VII de la ciudad orientalizante. 1980-1981». *Noticiario Arqueológico Hispánico* 13: 309-418.
- (1983): *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Anejos de *Lvcentvm* I. Alicante.
- (1999): *La Fonteta, 1996-1998. El emporio fenicio de la desembocadura del río Segura*. Alicante.
- JANTZEN, U. (1972): *Ägyptische und Orientalische Bronzen aus dem Heraion von Samos*. Samos VIII. Bonn.
- JEHASSE, J. y JEHASSE, L. (1973): *La nécropole pré-romaine d'Aléria (1960-1968)*. Gallia Supl. XXV. París.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. (2002): *La Toréutica Orientalizante en la Península Ibérica*. Bibliotheca Archaeologica Hispana 16. Madrid.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J. y GONZÁLEZ CORDERO, A. (1996): «Broncística y poblamiento post-orientalizante en la Alta Extremadura: a partir de unos materiales procedentes de El Risco (Sierra de Fuentes, Cáceres)». *Zephyrus* XLIX: 169-189.
- LORRIO, A.J. (1997): *Los Celtíberos*. Complutum Extra 7. Madrid.
- LUQUE, J. (1984): «Nuevos broches célticos (peninsulares) en Grecia, la cuestión de los primeros mercenarios ibéricos en el siglo VI a.C.». *Archivo Español de Arqueología* 57: 3-14.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1984): *La necrópolis paleoibérica de «Mas de Mussols», Tortosa (Tarragona)*. Programa de Investigaciones Protohistóricas VIII. Barcelona.
- (1987): *La necrópolis Paleoibérica de Mianes en Santa Bárbara (Tarragona)*. Programa de Investigaciones Protohistóricas IX. Barcelona.
- MANSEL, K. (1996): «Zu einer Gürtelschließe aus dem Süden der Iberischen Halbinsel von Magdalenenberg bei Villingen (Baden-Württemberg)». *Europa Céltica. Untersuchungen zur Hallstatt und Latènekultur*. Marburgo: 153-166.
- (1998): *Studien zum Trachtzubehör der älteren Eisenzeit am Golfe du Lion im Ampurdán*. Internationale Archäologie 32. Rahden-Westfalia.
- PALOL, P. DE (1958): *La necrópolis Hallstática de Agullana (Gerona)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana I. Madrid.
- PARZINGER, H. y SANZ, R. (1986): «Zum Ostmediterranen Ursprung einer Gürtelhakenform der Iberischen Halbinsel». *Madridrer Mitteilungen* 27: 169-195.
- PONS I BRUN, E. (1976): «Sivelles de cinturó de taló rectangular i placa poligonal trobades al N.E. de Catalunya». *Cypsela* II: 91-120.
- SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*. Madridrer Forschungen 3. Berlín.
- SORIA, L. y GARCÍA, H. (1996): *Broches y placas de cinturón de la Edad del Hierro en la provincia de Albacete. Una aproximación a la metalurgia protohistórica*. Albacete.
- SPINDLER, K. (1972): «Ein Gürtelhaken iberischer Herkunft vom Magdalenenberg bei Villingen im Schwarzwald (Baden-Württemberg)». *Archäologisches Korrespondenzblatt* 2: 271-277.
- (1973): *Magdalenenberg III, Der hallstattzeitliche Fürstengrabhügel bei Villingen im Schwarzwald* 3. Villingen.
- STEIN-HÖLKESKAMP, E. (1989): *Adelskultur und Polisgesellschaft. Studien zum griechischen Adel in archaischer und klassischer Zeit*. Stuttgart.